

Iglesia en Marcha

Arzobispado de Santiago de Cuba

Número Especial

Año XI

Boletín No.92



Sumario

3. **La Voz del Pastor**
Mensaje de S.S. Juan Pablo II

5. **Homilía del P. Aquilino Bocós**
Celebración de los 150 años de la Llegada a Santiago de Cuba de San Antonio María Claret

10. **Exposición San Antonio María Claret**
Apóstol del Pueblo Cubano

12. **Sesquicentenario**
Minicrónica de unos días claretianos

17. **Palabras de Inauguración del Centro de Formación y Animación Misionera San Antonio María Claret**

18. **Dos Fundadores**

Portada

150 AÑOS DE LA LLEGADA DE
SAN ANTONIO MARIA CLARET
A CUBA Y A AMERICA

Contraportada

Pío XII, Canonización de
San Antonio María Claret

Iglesia en Marcha
Miembro de la UCLAP

Consejo de Dirección:

Mons. Pedro Meurice, P. Rafael Ángel López-Silvero, Hno. Antonio López, María C. López, María A. Navarrete, María C. Campistrous, Mercedes Ferrera.

Suscripciones:

Victor A. Padrón Rodés. Arzobispado

Colaboraciones:

Lic. Antonio López de Queraltá Morcillo,
Madre Encarnación Velazco (Superiora
General Misioneras Claretianas)

Fotografía:

Pedro Pablo Amador

Diseño, Edición y Maquetación:

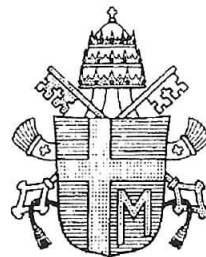
Marco A. González Martínez

Impresión:

René González Vázquez

Los trabajos presentados en la Revista no reflejan necesariamente el criterio del Consejo de Dirección.

A Mons. Pedro Claro Meurice Estiú Arzobispo de Santiago de Cuba



1 He recibido con satisfacción la noticia de que la Arquidiócesis de Santiago de Cuba y la Familia Claretiana se aprestan a conmemorar solemnemente el 150 aniversario de la llegada de San Antonio María Claret, Arzobispo de esa sede primacial durante más de seis años. Es una ocasión para recordar una etapa importante de la biografía espiritual y apostólica del Santo, y que adquiere un significado especial en estos momentos en que la Iglesia, recogiendo la rica herencia del Gran Jubileo, se siente llamada a mirar adelante, a "remar mar adentro" en las aguas del nuevo milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 15).

Por eso, a la vez que envío un cordial saludo a los Pastores y pueblo fiel de esa querida Arquidiócesis cubana, así como a los religiosos y religiosas fundados por el Padre Claret, les invito a celebrar esta efemérides con espíritu de renovación, inspirándose en el ejemplo del Santo para dar un nuevo impulso al compromiso cristiano a la santidad, al ardor apostólico en la tarea de la nueva evangelización y al espíritu de comunión inquebrantable que ha de caracterizar toda misión eclesial.

2. La labor pastoral del Padre Claret en Cuba fue particularmente fecunda porque, ante todo, estaba lleno de Cristo y bien cimentado en la Palabra de Dios, era asiduo en la oración y la devoción mariana impregnaba todo su ser. Ya había experimentado en su juventud la fuerza protectora de María en las asechanzas del pecado y, por eso, antes de dejar España quiso visitar los santuarios del Pilar, de Monserrat y de Fusimaña en su tierra natal. Al llegar a Cuba

encomienda su acción pastoral a la Virgen de la Caridad del Cobre.

La intensa vida de fe, la entrañable devoción mariana y el compromiso irrenunciable de santidad daban la fuerza al Padre Claret, impulsándole a una actividad apostólica inusitadamente prolífica y manteniéndole fiel a su misión aún en medio de las más arduas dificultades, que llegaron incluso a la persecución y a poner en peligro su propia vida. Son gestos propios de los santos y de los buenos Pastores que nunca abandonan su grey, sino que dan la vida por ella (cf. *Jn* 10, 12-14). Así nos enseñan también hoy, que toda misión o plan pastoral ha de inspirarse siempre en el ejemplo de Cristo, el único Salvador de los hombres, que ha reconciliado todas las cosas mediante la sangre de su cruz (cf. *Col* 1,20).

3. "El amor de Cristo nos apremia" (2 *Co* 5,14). Este lema escogido por el Padre Claret explica bien su extraordinaria entrega y creatividad en el ministerio episcopal. Cuando hay ardor pastoral en el corazón, más fácilmente se encuentran los métodos idóneos para evangelizar. Así se descubre con prontitud la expresión más elocuente y el gesto más cercano para llevar al corazón de cada hombre y mujer, a cada familia y a cada sector de la sociedad el mensaje salvador de Cristo.

En este sentido, el ejemplo de los santos es siempre un estímulo para la Iglesia de hoy, llamada a buscar formas eficaces para que tantos seres humanos puedan ver cumplidos sus más recónditos deseos de "ver quién es Jesús" (cf.

Lc 1,3) y de escuchar su palabra de misericordia y esperanza, que se dirige a todos sin tener en cuenta su origen o condición (cf. Jn 4,9).

En efecto, hacer llegar el Evangelio al corazón del hombre es un acto de reconocimiento y respeto de toda persona, hecha a imagen de Dios, a la vez que una defensa ante todo lo que amenaza su libertad, sus derechos o las condiciones necesarias para llevar una existencia personal, familiar y social, acorde con su inalienable dignidad.

Así lo entendió el Santo Arzobispo, luchando denodadamente contra las discriminaciones e injusticias y prodigándose en iniciativas que sacaran a todos de la ignominia que comporta el degrado moral, la ignorancia y la penuria. Sabía bien que todo ello, por tratarse del bien del hombre, es también misión irrenunciable de la Iglesia. Yo mismo tuve ocasión de recordarlo ante vosotros, en la inolvidable celebración eucarística en la Plaza Maceo, ante la imagen de la Patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre: La Iglesia "mira en primer lugar a la persona humana y a la comunidad en que vive, sabiendo que su primer camino es el hombre concreto en medio de sus necesidades y aspiraciones" (Homilía en Santiago de Cuba, 24 de enero de 1998, n. 4).

4. La presente conmemoración es también una ocasión propicia para renovar el sentido eclesial y la "adhesión de mente y corazón al magisterio" (Vita consecrata, 46), de lo cual el Santo Arzobispo dio abundantes muestras. Cuando fue llamado por la Iglesia para ir a Cuba, él tenía personalmente otros planes y otros importantes proyectos apostólicos, pero sabía muy bien que el verdadero misionero es, ante todo, un fiel servidor de la Iglesia, a la que ama y a la cual ha de supeditar cualquier otra consideración.

Su misión pasó a ser de presidir la porción

del Pueblo de Dios que se le había encomendado, para edificarlo como Iglesia "hasta ser morada de Dios en el Espíritu" (Ef 2,22). A ello se dedicó en cuerpo y alma mediante la creación de parroquias y una esmerada atención al seminario y a la formación de los sacerdotes, con el fin de asegurar un crecimiento constante de la comunidad cristiana. No mermó por ello la inspiración del espíritu que había recibido, sino que salió fortalecida. Precisamente durante su ministerio apostólico en Cuba vio cumplido su sueño de fundar, junto con la Madre Antonia París, las Religiosas de María Inmaculada (Misioneras Claretianas).

5. Por todos estos motivos deseo unirme a la acción de gracias a Dios por el don providencial que supuso el ministerio episcopal del Padre Claret en Cuba. Esta conmemoración, además, me brinda la oportunidad de revivir la experiencia imborrable de mi visita a ese querido País como mensajero de la esperanza. Reitero hoy mi más cordial saludo a esa "Iglesia local, tan amada y siempre presente en mi corazón, sintiéndome muy solidario y cercano a sus aspiraciones y legítimos deseos" (Discurso de llegada a La Habana, 21 de enero de 1998). Sigo implorando con fervor a la Virgen de la Caridad del Cobre que proteja a sus hijos e hijas cubanos, les conforte en sus dificultades, les aliente en sus esfuerzos y aliente constantemente su esperanza de encontrar a Cristo, su divino Hijo.

Con estos sentimientos, mientras renuevo mi cercanía espiritual a toda la Iglesia que peregrina en la Isla y me uno a la Arquidiócesis de Santiago de Cuba y a los hijos e hijas de la gran Familia Claretiana en su acción de gracias a Dios por esta significativa conmemoración, les imparto complacido la Bendición Apostólica.

Vaticano, 25 de enero de 2001, Fiesta de la conversión de San Pablo Apóstol.

Joannes Paulus II

Homilía del Rvdo. P. Aquilino Bocos (Superior General de los Misioneros Claretianos)

Querido Sr. Arzobispo de Santiago Don Pedro Meurice.

Queridos hermanos y hermanas de la Familia Claretiana.

Queridos en el sacerdocio y en la vida consagrada.

Queridos cubanos y cubanas todos en Cristo Jesús nuestro Señor.

Como les decía al inicio de esta celebración, el 18 de febrero de 1851, tomaba posesión de esta Arquidiócesis y hacía su entrada en esta Catedral Monseñor Antonio María Claret. Hoy a 150 años de distancia el Sr. Arzobispo de la Arquidiócesis, el clero, los religiosos y los fieles de Santiago, y los representantes de los Institutos que formamos la Familia Claretiana, con los ojos de la fe puestos sobre la historia de este siglo y medio y con el corazón rebosando admiración y gratitud, nos congregamos en esta misma catedral para alabar y bendecir al Señor por el don del Padre Claret a esta Iglesia particular, a toda Cuba y a la Iglesia universal.

No venimos a evocar el hecho social de entonces, por muy grande que fuera la resonancia que tuvo en esta ciudad y en todo el Oriente; pues la alzada del Arzobispo Claret aquí en la arquidiócesis probablemente no fue ni más ni menos gloriosa que la que tuvieron sus ilustres predecesores o posteriores en esta Iglesia particular. Si hoy recordamos aquel acontecimiento, es porque a siglo y medio de distancia la figura de San Antonio María Claret es especialmente significativa, no sólo para los santiagueros y los cristianos de Cuba, sino para todo el pueblo de Dios y lo es especialmente para los miembros de la Familia Claretiana heredera de su espíritu carismático y misionero.



Al conmemorar hoy la llegada de Claret a la Perla de las Antillas, tierra de la Virgen de la Caridad del Cobre, Madre y Señora de todos los cubanos, lo hacemos desde la altura con que la liturgia contempla la figura del Santo Arzobispo y Fundador. Por eso me entretengo en los textos que la liturgia nos propone y acabamos de escuchar.

“Id al mundo entero y proclamad el evangelio a la creación”. El mandato de Jesús recitado a los apóstoles tal como nos lo refiere el Evangelio fue acogido por Claret como imperativo para toda su vida. Claret llegó a Cuba como experimentado misionero, vivió en Cuba como Arzobispo misionero y murió en el exilio con la satisfacción de haber sido ante todo y sobre todo misionero. Se sintió en todo momento llamado

a anunciar la buena nueva del Reino a todos los hombres y mujeres, a todos los pueblos y culturas. Él, que al proponérsele el ministerio episcopal veía restringido su radio de acción y se resistía a aceptarlo porque su espíritu era para todo el mundo, poco a poco vio ensanchar su corazón de apóstol en Cuba.

Siendo obispo misionero en una Iglesia particular se sintió en comunión con toda la Iglesia, y a sus seguidores en la misión apostólica, desde su experiencia y doctrina, les abrió horizontes insospechados para la evangelización. El contacto directo con la realidad cubana despertó en su corazón compasivo actitudes y proyectos de solidaridad con las causas de los pobres, de los marginados, de los niños y de las niñas abandonados, de los presos, de los enfermos, de los obreros y de los campesinos. Se preocupa especialmente de los seminaristas, de los sacerdotes y de las familias; espontáneamente conjuga el quehacer de cada día con una mirada amplia hacia los acontecimientos sociales y culturales. Dedicado a la Iglesia de Santiago no deja de pensar y cooperar con la Madre Antonia París, fundadora de las Misioneras Claretianas, por la renovación de la Iglesia universal. Se siente discípulo de Jesús, como los apóstoles, para todo el mundo; trabaja con la palabra de Dios en la mano y desde el corazón, denunciando los derechos lesionados y cuidando de no provocar conflictos que perturbasen inútilmente a las personas e instituciones. Siempre aprovechando las ocasiones y medios posibles para que Dios Padre fuera conocido, amado y servido.

“El espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones desgarrados”. Estas palabras del profeta Isaías que Jesús se aplicó a sí mismo en la sinagoga de Nazaret, encierran para Claret el sentido y el modo de responder a su vocación misionera. La suya y la de sus misioneros, como él mismo nos dijo haber entendido en la oración, suponía esta inminente profecía. Claret se ha habia for-

mado en la escuela de los profetas, cultivando la escucha de la palabra de Dios y el discernimiento de los acontecimientos y situaciones sociales. En su autobiografía narra “había muchos pasajes tomados de los profetas que me parecía que aquello era para que me lo aplicase yo mismo”. La palabra de Dios se volvía fuego en sus entrañas y por eso atestigua “no puedo callar”.

Los años que pasa en Cuba están llenos de ocasiones en las que se sentirá urgido a implantar la justicia y el derecho, como el profeta, y a buscar la liberación de los oprimidos. Por eso habla, escribe y emprende obras sociales, todavía sorprendentes en nuestros días por innovadoras.

“La caridad de Cristo me apremia”, son palabras de San Pablo a los Corintios que figuran en el escudo del arzobispo misionero, él mismo en la carta pastoral que escribe al pueblo comenta: “ya sabeis hijos, que este bote es nuestro timbre, nuestra divisa, nuestro todo, pues que la caridad de Cristo nos ha hecho emprender tanto trabajo, en visitaros, en exhortaros, en catequizar y disponer vuestros corazones para suministraros los santos sacramentos y no podemos menos de dar a Dios gracias, porque vemos que estáis dotados de un corazón dócil y dispuesto a la virtud, y esperamos por lo mismo que la semilla de la divina palabra que hemos predicado dará frutos centuplicados”.

Su intensa vida de oración, la profunda vivencia del misterio eucarístico y su tierna y vigorosa vinculación Cordimariana fueron fogueando continuamente su corazón hasta poder llegar a decir con el apóstol San Pablo “no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”. La pasión por el anuncio del Evangelio, su ministerio profético y su ardiente caridad son los tres rasgos que la liturgia hoy nos pone de relieve, hoy y en cualquier ocasión que recuerde la figura de San Antonio María Claret, Arzobispo de Cuba y misionero apostólico.

Hoy, al hacer memoria de su entrada a la sede episcopal, intentamos que esta celebración sea un auténtico reencuentro de Claret con la Cuba de hoy, y no sólo con Cuba, sino con toda la América Latina, la Viña Joven, como él la llamó. Sí, Claret se reencuentra con el pueblo al que tanto amó y al que no ha dejado de amar, y su reencuentro lo realiza a través de una triple presencia: está aquí su brazo derecho, está aquí su comunidad cristiana presidida por su pastor, sus sacerdotes, sus religiosas y sus fieles, y están los representantes de la Familia Claretiana. El Claret que se reencuentra con Cuba, ya no es solo el Arzobispo que llegó hasta aquí para cumplir la misión que le habían confiado como pastor de esta Iglesia, el Claret que hoy se reencuentra con Cuba es el Santo que estuvo aquí seis años y un poco más y continuó su camino de misionero apostólico a través de otros servicios eclesiales, siendo confesor de la Reina, padre conciliar de Vaticano I, director espiritual de santos y santas, escritor fecundo para hacer fecunda también la vida cristiana, de tantas otras obras sociales, de tantas otras preocupaciones por la paz, la reconciliación y la justicia en la Iglesia. Es el Santo que mantuvo siempre especial cuidado de los sacerdotes y de los religiosos y promovió la vocación evangelizadora de los laicos. Es el Santo que prestó asistencia, particularmente a los pobres y marginados, que no soportaba las injusticias y las discriminaciones y tuvo que aceptar la persecución, la calumnia y el destierro. Es el Santo que no ha dejado de interceder por Cu-

La pasión por el anuncio del Evangelio, su ministerio profético y su ardiente caridad son los tres rasgos que la liturgia hoy nos pone de relieve, hoy y en cualquier ocasión que recuerde la figura de San Antonio María Claret, Arzobispo de Cuba y Misionero Apostólico.

ba a la que quiso regresar en los últimos años de su vida.

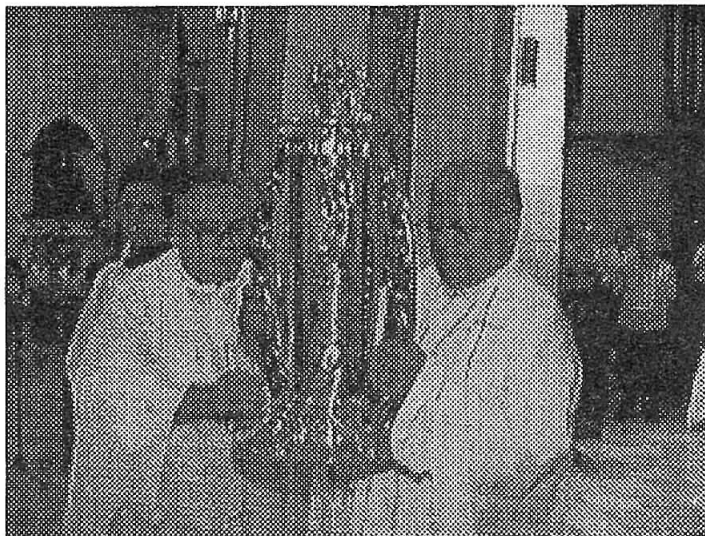
Pero, hermanas y hermanos, por muy importante que fuera ésta su presencia aquí, es más importante el recordarle desde otras dimensiones, y una de ellas es la presencia tangible de una reliquia suya, su brazo derecho, ese brazo con el que tantas veces mostró al pueblo el Evangelio y la cruz de Cristo, con el que bautizó, confirmó y consagró, con el que constantemente bendijo a este pueblo, con el que inició el camino de la paz y la reconciliación, ese brazo que fue herido en el atentado de Holguín, esa mano repartió el pan de los pobres y el pan de la Eucaristía, y escribió pastorales iluminadoras para el clero y para sus fieles y tantos opúsculos sobre los más diversos temas. Al contemplar y venerar este brazo levantado hacia lo alto, bien podemos pensar que quiere ser expresión de permanente intercesión por todos y cada uno de los miembros de esta Iglesia y de esta noble nación. Más aún, más relevan-

te me parece la presencia de Claret, la presencia espiritual en su comunidad cristiana que ha continuado cultivando fielmente, de generación en generación, la fe predicada y testimoniada hasta el derramamiento de su sangre en Holguín. Son muchos los recuerdos que conservais de su paso por aquí, sois testigos de la labor de sus misioneros y misioneras en la Arquidiócesis. Claret, aún muerto, habla todavía por el misterio de la comunión de los santos, su presencia vivida en la fe y en la esperanza renueva en nosotros el deseo de amar más a Dios y a nuestro prójimo; Claret sigue siendo para noso-

tros padre y compañero de camino en el peregrinar por este mundo. Estando como está, en la presencia del Señor, habiendo completado en su cuerpo lo que le falta a la pasión de Cristo, no cesa de ofrecer por nosotros los méritos conseguidos mientras ejerció aquí su ministerio. Esto debe alentarnos, pues su fraternal solicitud contribuye a remediar los límites de nuestra debilidad.

También estamos aquí algunos representantes de la Familia Claretiana. Los Misioneros Claretianos porque la congregación llegó a Cuba recientemente fundada, en la persona de su Fundador y uno de sus cofundadores. Las Misioneras Claretianas, porque la Madre Antonia París y el Padre Claret en esta ciudad de Santiago inspi-

rados e impulsados por el Espíritu Santo, fundaron una congregación dispuesta a trabajar hasta morir en el enseñar el Evangelio a toda criatura. El Instituto Secular Filiación Cordimariana, porque ya antes de venir Claret a Cuba y durante su estancia en Santiago trabajó para que hubiera almas consagradas que teniendo como morada y fragua el Corazón Inmaculado de María, fueran testigos del Evangelio en el mundo secular. Los Seglares Claretianos, porque su movimiento se ha inspirado en el espíritu de Claret, quien les acogió e impulsó a entregarse de lleno a la evangelización de todas las esferas sociales, tal y como aparece en la fundación de las bibliotecas populares y en el plan de Academia de San Miguel, que redactó aquí



en Cuba. Los miembros de los Institutos fundados por otros claretianos: las Misioneras de María Inmaculada, las Misioneras Cordimarianas, las Misioneras de la Institución Claretiana y las Misioneras de San Antonio María Claret.

Todos creemos firmemente que nuestro estilo de vida y nuestro trabajo apostólico están profundamente marcados por la experiencia apostólica de San Antonio María Claret en Cuba, de su amor entrañable a la Iglesia y al pueblo, de su modo de situarse ante los hechos sociales, de su ingente inventiva y creatividad.

La Familia Claretiana extendida por todo el mundo, ha aprendido a evangelizar desde la solidaridad con el pueblo, sobre todo con sus gentes más pobres y necesitadas. Ha aprendido a amar a todos los hombres, mujeres y niños, sin fijarse en el color ni en su

condición social. Ha captado la necesidad de situarse e inculturarse en los contextos que evangeliza. Ha valorado y promovido el puesto que tienen los seglares en la misión de la Iglesia. Ha tratado de armonizar evangelización y promoción humana.

Hoy comenzamos el Quinto Encuentro de los Representantes de estos Institutos, bajo el lema Familia Claretiana, "Familia Solidaria", al amparo de nuestra Señora la Virgen de la Caridad del Cobre. Quiere ser reafirmación de nuestra inspiración carismática y profética, en el Claret arzobispo misionero en Cuba, y quiere ser una renovación de nuestro empeño por hacer propias las angustias y esperanzas de los

hombres y mujeres de nuestro tiempo. En este empeño está y seguirá estando en lugar privilegiado, la atención que por gratitud y afecto nos merece Cuba.

Nuestra celebración hoy, no es un punto de llegada al cumplir los ciento cincuenta años, sino el punto de partida para que durante estos próximos años podamos reflexionar, discernir y empeñarnos más y más, en hacer nuestra la causa de Jesús, que es la causa del Reino de Dios en Cuba, en América Latina, en el mundo entero.

Es claro que la Cuba con la que se reencuentra San Antonio María Claret, no es la misma de la de su tiempo de Arzobispo, conocéis mejor que yo vuestra propia situación y no hace falta describirla. Cuba se halla a la vez inmersa en el dinamismo del mundo que progresa, y del complejo sistema de interacción y de dependencia recíproca, que provoca fuertes desajustes, profundas contradicciones y dependencias recíprocas. Nos hacemos cargo de lo que cuesta soportar el duro peso del bloqueo, de la deuda externa y de las presiones del neoliberalismo económico. Mirando la realidad con ojos misioneros, vemos que el punto de convergencia en este reencuentro claretiano se condensa en el mensaje de Juan Pablo II dirigido al pueblo cubano en la Eucaristía celebrada en esta ciudad “que todo el pueblo cubano conozca a Jesucristo y lo ame”, y añade el Papa, “la historia enseña que sin fe desaparece la virtud, los valores morales se obscurecen, no resplandece la verdad, la vida pierde su sentido trascendente y aun el servicio a la nación puede dejar de ser alentado por las motivaciones más profundas. La Iglesia llama a todos a encarnar la fe en la propia vida, como el mejor camino para el desarrollo integral del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, y para alcanzar la verdadera libertad que incluye el reconocimiento de derechos humanos y la justicia social”.

Querido hermanos y hermanas, es justo que celebremos con gozo el don de Dios en el Ar-

zobispo Misionero Claret, quien irrumpió con singular fuerza profética en un mundo nuevo para él; su espíritu no ha muerto, su estela sigue irradiando luz y vida en su comunidad cristiana y en su familia carismática. Era pues una obligación venir a testimoniarlo y a agradecerlo, a esta Iglesia de Santiago presidida por Monseñor Pedro Meurice, sucesor del Padre Claret. A la vez que os agradecemos a todos los aquí presentes la participación en esta Eucaristía, queremos invitaros a mirar hacia delante con aquella fe y esperanza que tanto impulsó Juan Pablo II en su visita a esta ciudad. Estamos iniciando un nuevo milenio que se nos presenta lleno de estímulos y expectativas, el nombre de Claret es un grito que despierta siempre ilusión, audacia e inventiva para proclamar los valores del Reino. Claret sigue siendo un hito de referencia vivo para quienes quieran vivir coherentemente su fe y entregar su vida por la causa del Reino de Dios. Jesús sigue necesitando a quienes, con absoluta abnegación de sí mismos, se consagren por completo a predicar las Bienaventuranzas y a ejercitarse en la compasión como el buen samaritano.

Al participar hoy en la Eucaristía, renovemos nuestro compromiso de ser testigos de la fraternidad, de la reconciliación y de la esperanza. Pidamos a la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, que haga de esta nación un hogar de hermanos y hermanas, que bendiga a sus pastores, a sus sacerdotes, religiosos y laicos católicos, y que bendiga particularmente a los jóvenes para que no olviden el encargo del P. Varela a sus discípulos “diles que ellos son la dulce esperanza de la Patria, y que no hay Patria sin virtud, ni virtud con impiedad”. Que bendiga a las familias y a todos y, a cada uno de cuantos con buena voluntad colaboran en la transformación de la sociedad según el designio de Dios. Así sea.

Exposición San Antonio María Claret Apóstol del Pueblo Cubano

El pasado domingo 18 de febrero al finalizar la solemne Eucaristía presidida por nuestro Arzobispo Monseñor Pedro Meurice, con motivo de la celebración de los 150 años de la llegada del Padre Claret como arzobispo de nuestra Arquidiócesis, quedó inaugurada por el Rvdo. P. Aquilino Bocos y la Rvda. Madre Encarnación Velazco, superior y superiora general de los misioneros y misioneras claretianas respectivamente, la muestra que pretende ser un modesto aporte del Museo Arquidiocesano "Mons. Enrique Pérez Serantes" a esta histórica conmemoración.

Las personas que han visitado o que visitarán la Exposición encontrarán una muestra de objetos personales, libros, documentos, etc., que pertenecieron o fueron usados por el Santo Arzobispo o por su fiel discípula la Madre París. Ésta ha sido una exposición en la que el montaje museográfico se ha combinado con la catequesis, pues el objetivo fundamental de los que la concibieron y la montaron no fue otro que introducir a los visitantes en el conocimiento de la vida y la obra apostólica y misionera, del Padre Claret y la Madre París, pues lamentablemente no son muy conocidos en nuestro país.

Al comenzar su recorrido, el visitante se encontrará con un cartel informativo con fechas y datos fundamentales en la vida del Padre Claret, y a partir de ahí cronológicamente colocadas las muestras que siempre van acompañadas de su ficha técnica. Al llegar al año 1855 se hace un alto para comenzar a destacar la figura de la sierva de Dios, Reverendísima Madre María Antonia París Riera de San Pedro, fundadora en Santiago de Cuba, junto a San Antonio María Claret el 25 de agosto de 1855 del Instituto Apostólico de María Inmaculada para la enseñanza (Misioneras Claretianas). No tenemos dudas, de que entre las muchas cosas que tienen



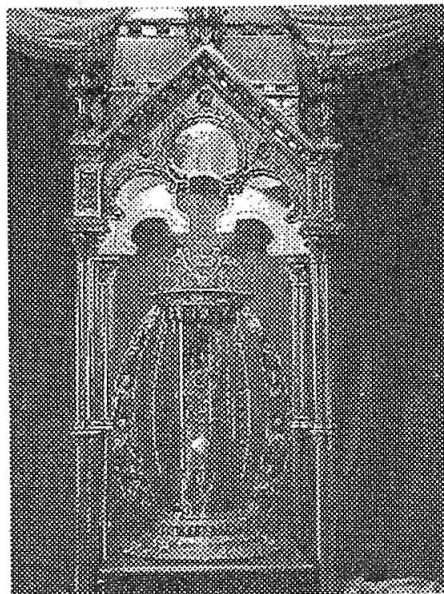
Sede Arzobispal usada por San Antonio María Claret en la catedral de Santiago de Cuba y por Su Santidad Juan Pablo II en la Misa celebrada en esta ciudad

esta Arquidiócesis y esta ciudad para sentirse orgullosas de su historia, está el haber sido la cuna de esta benemérita congregación religiosa.

También encontrarán quiénes la visiten, toda una serie de mensajes con citas del Antiguo y Nuevo Testamento, así como fragmentos de cartas y homilias de algunos papas como el Beato Pío IX, Pío XI y Pío XII, alusivos a la persona y a la vida de San Antonio María Claret, que convenientemente interpretadas nos llevarán a profundizar en el conocimiento de su vida y acción apostólica, principalmente durante el corto período de tiempo que estuvo en nuestra Arquidiócesis (1851-

1857); pues conviene recalcar que el objetivo fundamental, que el fin principal de la muestra está en que se conozca y difunda lo mucho que hizo el P. Claret por nuestra Arquidiócesis y por todo el pueblo cubano.

Invitamos encarecidamente a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, a visitar y propagandizar esta muestra claretiana, pues estamos convencidos, de que esto contribuirá a profundizar en el conocimiento y sobre todo en el amor a San Antonio María Claret, que tanto trabajó, luchó y sufrió por ser en esta Arquidiócesis, como dijera el 25 de febrero de 1934 en la homilía de beatificación del P. Claret su S.S. Pío XI, "un obispo según el Corazón de Jesús".



Reliquia del brazo derecho de San Antonio María Claret

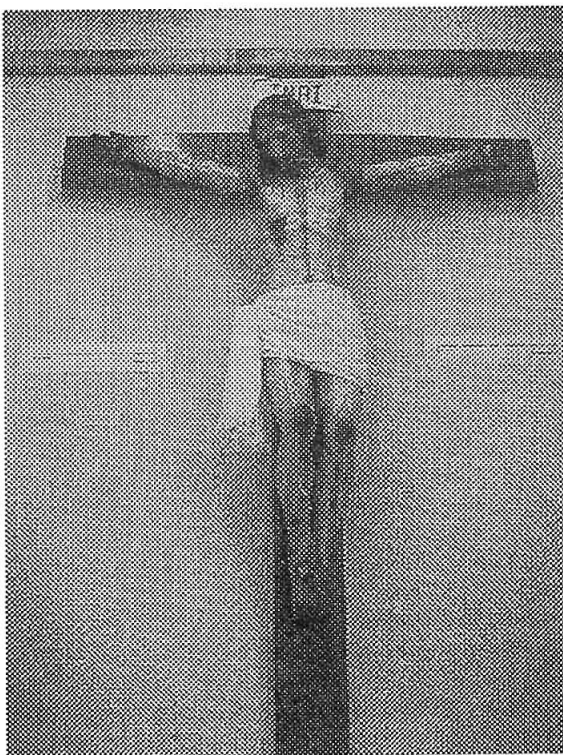
Con motivo de la Canonización del P. Claret en 1950 por S.S. Pío XII, el gobierno general de la Congregación Claretiana, acordó retirar el brazo derecho al cuerpo del Santo, para llevarlo a Roma, lugar donde se venera en la actualidad.

Está colocado en un digno relicario, en cuya parte superior dos ángeles de rodillas sostienen el Escudo y Cruz Arzobispal de San Antonio M. Claret, una mitra y un báculo.

En la misma parte superior pueden verse los escudos de lugares relacionados con la vida del Santo: Sallent (lugar de su nacimiento), el de la República de Cuba, el de Vich (lugar donde fue fundada la Congregación de los misioneros Claretianos), así como de los lugares donde el evangelizó.

En el brazo, colocado en actitud de bendecir, se pueden observar por unas aberturas especialmente hechas para esto, los huesos del antebrazo y de la palma de la mano.

En la base del relicario están los escudos de: la Congregación Claretiana, el del papa S.S. Pío IX que lo nombró Arzobispo de Santiago de Cuba, el de S.S. Pío XI que en 1934 lo beatificara y el de S.S. Pío XII que lo canonizó en el año 1950.



Crucifijo tallado en madera regalado por San Antonio María Claret en el año 1855 a la Sierva de Dios Rvdma Ma. María Antonia París Riera de San Pedro

Minicrónica de unos días claretianos

“El Señor ha querido colocarle en la silla episcopal para dar la ley al pueblo... en él se han de mirar sus hermanos los Obispos”.

María Antonia París

Corría el Año del Señor de mil ochocientos cincuenta y uno, la Arquidiócesis de Santiago de Cuba llevaba 13 años sin pastor y los problemas tanto sociales como eclesiales iban *in crescendo*. Las buenas almas se preguntaban con preocupación cuándo acabaría de llegar su nuevo Arzobispo, ya nombrado por el Papa Pío IX, pues entre los trámites y la larga travesía de la mar, peligrosa y lenta para los navíos de la época, los meses transcurrían inquietos. Por eso, la alegría no sabía de límites aquel 16 de febrero cuando pueblo y autoridades se agolpaban en las márgenes de la amplia bahía santiaguera —que por aquel entonces mojaba con sus aguas la parte baja de nuestra ciudad—. Todos habían acudido para ver atracar *La Nueva Teresa Cubana*, embarcación en la que llegaba, tras más de dos meses de navegación, Don **Antonio María Claret y Clará**, el nuevo Arzobispo del que ya se hacían lenguas de su incansable andar misionero, el mismo que recién había fundado la *Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María* (Claretianos).

La situación que encontraba el prelado —bajo de estatura, regordete, de piel cetrina y ojos vivaces y profundos—, no era fácil; el domingo anterior a su arribo se había celebrado con solemnidad una procesión de penitencia “para que el Altísimo nos libre del *cólera morbus*”, y la salud moral de sus nuevos feligreses no aventajaba

mucho a la física entre las clases pudientes de la población. La Iglesia estaba en crisis, pues España, arisca por su experiencia americana con sacerdotes que habían encabezando gestas emancipadoras, trató mediante el triste Patronato Regio de descubrir al clero, y prefirió dejar sin obispo a las dos diócesis que por entonces tenía la Isla antes que volver a dar la mitra a un sacerdote cubano.

Corrupción en todos los ámbitos y a todos los niveles, ignorancia, explotación inhumana de los esclavos. El espíritu misionero del Obispo tiene un vasto campo de trabajo y él no se detiene, a pie o a lomo de mulo realiza sus visitas pastorales y así se relaciona en forma personal y directa con su grey, nadie puede hacerle cuentos. Predica contra la esclavitud y llama a poner fin a la infamante trata; por algo contraatacaban los esclavistas diciendo: «Nos hace más daño con su predicación el Arzobispo de Santiago, que todo el ejército». Aunque partidario de la monarquía como sistema político y contrario a las corrientes independentistas, no dejó por eso de darse cuenta de los graves pecados sociales que aquí se cometían y de denunciarlos con fuerza, viendo en ellos la causa de lo que ocurría en nuestra isla. Por ello atentaron contra su vida varias veces, casi logrando segarla cuando salía de la Iglesia de *San Isidoro* —otrora *Parroquial Mayor* de Holguín—: los profetas nunca son bien recibidos por los causantes de los males que denuncian.

Sorprende cómo, a la par de una incansable labor misionera, este hombre pudo atender tantos aspectos de la vida de sus fieles y contribuir a la solución de sus problemas. Consciente de que no habría transformación positiva de la sociedad sin una educación verdadera, funda en Santiago de Cuba, junto a **María Antonia París** —que había venido con cuatro jóvenes desde España expresa-

mente para ello— una Congregación dedicada a la enseñanza de las niñas, a las que él mismo llama “Monjas de la Enseñanza”, nombre que conservan durante décadas las religiosas del “Convento” —aún en mi época de estudiante así decía la gente al Colegio María Inmaculada— aunque ya llevaban el de “Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas”. Y se dedica también a elevar el nivel académico del Seminario San Basilio Magno, en el que estudiaban los jóvenes orientales aunque no estuviesen llamados al sacerdocio; para ello aumenta el número de sus cátedras y nombra a eminentes profesores cubanos para regentearlas, dando al ilustre pedagogo santiaguero Juan Bautista Sagarra la dirección de la cátedra de Filosofía.

Reseñar su labor pastoral es tarea ingente y sólo cito, como resumen, el Documento Final del ENEC: «Si la Iglesia, como institución, sufre un doloroso eclipse, que tendrá sus excepciones en las personas de algunos obispos ... y, de manera sobresaliente, San Antonio María Claret en Santiago de Cuba, cuyo gobierno pastoral se caracterizó por el cúmulo de iniciativas (pastorales y sociales, reforma agraria con tierras de la Iglesia, escuelas en el campo, renovación espiritual y moral del clero, evangelización a todos los niveles, presencia episcopal en medio del pueblo, testimonio viviente y eficiente de la santidad), no se puede negar que la semilla evangélica producirá su fruto en varios patriotas que harán posible la revolución necesaria» (n. 41).

No sorprende por tanto, que cuando en el año de 1899 se celebra la **Primera Reunión del Episcopado Latinoamericano** en Roma —tal vez por aquello de que *todos los caminos allí llevan*, justificado entonces por las malas comunicaciones entre los países del continente— aquellos obispos precursores

del CELAM suplicaban a León XIII la beatificación de Claret con estas palabras:

Con toda razón podemos proclamar que el extraordinario arzobispo de Cuba fue célebrimo en el ejercicio de todas las virtudes y debe ser llamado brillante ejemplo de los obispos americanos, que conjugó siempre la sabiduría y la prudencia del pastor con el celo apóstolico del



misionero; amó a América de tal forma que, mientras estuvo allí, no se quejó lo más mínimo ni del clima, ni de la gente, ni alabó nunca a su patria.

Es por ello, que los "hijos de Claret" del mundo entero se dieron cita aquí en Santiago para conmemorar el sesquicentenario de su arribo a nuestra tierra y celebrar el **V Encuentro Internacional de la Familia Claretiana**, pues son ocho las "agrupaciones" nacidas al calor del carisma del fundador las que desarrollan labores pastorales en nuestra Iglesia Universal: sacerdotes, religiosas, misioneras, seglares e institutos seculares las componen. Todas mandaron sus representantes a la gran fiesta. Ahora trataré, en apretada síntesis, de volcar sobre el papel mis vivencias personales durante estos días.

Viernes 16, siete de la noche y noche estrellada. El bicentenario templo de la Santísima Trinidad, que en días lejanos conoció de la

presencia y afanes pastorales del obispo Claret, estaba repleto. Misa concelebrada presidida por Mons. Rubén González, obispo claretiano de la diócesis de Caguas, Puerto Rico, hermana isla caribeña que en tiempos de Claret formaba parte del territorio de su gran arquidiócesis —que abarcaba también los territorios de Jamaica y la Florida—, solemne acción de gracias por el paso del Señor en nuestra Isla en la persona de Claret. Terminada la Misa, se bendice, para dejar oficialmente inaugurado, el CENTRO CULTURAL Y DE ANIMACIÓN MISIONERA "SAN ANTONIO MARÍA CLARET", cuya sede es la actualmente remozada casa parroquial de los claretianos que animan y cuidan pastoralmente la parroquia de la Trinidad; es la cristalización de un sueño de Claret, la **Academia San Miguel**, un medio para la evangelización que, si bien se vio realizado en Europa, en nuestra tierra, que fue su cuna, no se había logrado. La emoción y la alegría

reinaban esa noche en el amplio patio que, a pesar de las novedades, conserva todavía su aire colonial.

Domingo 18, seis y treinta de la tarde, Santa Basílica Metropolitana Iglesia Catedral de la diócesis primada de Cuba. Solemne Eucaristía presidida por Mons. Pedro Meurice Estíu, Arzobispo de Santiago de Cuba, concelebran –junto a los claretianos– todos los sacerdotes de la diócesis. Después de la procesión de entrada, desde el mismo púlpito en que hace 150 años leyera el Padre Quiroga la **Bula papal** en que Pío IX nombra Arzobispo de Cuba a Claret, el P. Héctor Cuadrado Superior Mayor Claretiano para las Antillas lee el antiguo documento al tiempo que el P. Aquilino Bocos, Superior General de la Congregación, entra procesionalmente portando en su relicario las reliquias del brazo derecho del Santo. El silencio llena las naves del templo y suave brisa fresca disipa los calores del cálido invierno santiaguero. La emoción se siente. Es Claret llegando nuevamente a la tierra que tanto amó y por la que tanto hizo en la persona de sus fieles. Terminada la Misa, el Arzobispo lee el mensaje que enviara el Santo Padre con motivo de esta conmemoración y luego encabeza la procesión que pasa reverentemente delante de las reliquias del Santo. Ya era de noche cuando quedaba abierta la Exposición Claretiana en el Salón de Actos de la Catedral santiaguera, la misma Catedral que él restaurara y en la cual, el mismo día de su toma de posesión, puso su actividad pastoral bajo la protección de la Virgen diciendo: «La Prelada será la Virgen Santísima. Mi forma de gobierno será la que ella me indique».

Lunes 19, siete de la noche, patio de la Iglesia de la Trinidad. El P. Jesús Bermejo, historiador de la Congregación, dicta una

interesante conferencia sobre la vida del Santo Fundador, su temática: SAN ANTONIO MARÍA CLARET Y CUBA.

Martes 20, siete de la noche y patio trinitario. La conferencia de esta noche tiene un toque femenino de ternura, la conferencista es la Superiora General de las Religiosas Claretianas, Madre Encarnación Velazco, de forma amena y en tono conversacional de cercanía, ella habló sobre SAN ANTONIO MARÍA CLARET Y LA MADRE ANTONIA PARÍS. Nos llega su emoción cuando lee trozos de las cartas intercambiadas entre el Fundador y la Fundadora, y hasta sentimos la *amistad espiritual* –como ella dice– de estas dos almas grandes. Con lenguaje sencillo nos relata los sueños y temores, las vicisitudes de su santa predecesora. Con interés creciente, escucha el auditorio anécdotas de la vida de María Antonia París, mujer de fuerte personalidad y de gran sencillez evangélica, que destaca entre las santas fundadoras españolas del siglo XIX por sus intuiciones proféticas sobre la reforma de la Iglesia. Terminada la conferencia, que yo llamaría mejor amistosa charla, la Superiora compartió con las Antiguas Alumnas del Colegio María Inmaculada que revivieron gratos recuerdos en esa noche magnífica.

Miércoles 21, nuevamente se llena el patio de la Trinidad para escuchar una conferencia. Le toca en esta noche hablar sobre LA PRESENCIA CLARETIANA EN CUBA al P. Arturo González, sacerdote claretiano que, con maestría y buen humor admirables, condujo al auditorio a través de estos 150 años de presencia claretiana en Cuba. Terminó con un poema, sentida conversación de él con el Santo, que es todo un poema.

Jueves 22, esta noche la gala es a patio repleto. Un coro norteamericano de voces femeninas nos regaló un maravilloso concierto, la directora de esta coral –de 35 voces delicadas y bien acopladas– es cubana, se fue de

Cuba siendo niña, y sus compañeras, por pura solidaridad con ella, viajaron hasta nuestra tierra para traernos la alegría de su música. Al final cantaron algunas canciones latinoamericanas, el entusiasmo de los presentes crecía a medida que cantaban *El manicero*, pero el final fue apoteósico, ¿qué cubano no vibra, canta y palmorea al compás de *La Guantanamera*?

Viernes 23, este día toda la Familia Claretiana fue hasta Holguín para celebrar la Eucaristía en su Catedral y presidida por su obispo Mons. Héctor Peña, pues la actual Catedral es la antigua Iglesia de San Isidoro al salir de la cual, un día también viernes, el 1º de febrero de 1856, es herido Claret en un atentado y riega con su sangre mártir el suelo cubano.

Sábado 24. La clausura del V Encuentro In-



ternacional de la Familia Claretiana es en el Santuario del Cobre, a los pies de la Virgen Madre y Patrona de los cubanos a quien tanto amó Claret. La Eucaristía la presidió Mons. Carlos Baladrón, obispo de Guantánamo-Baracoa. En ella, los representantes

de las asociaciones claretianas ofrecieron sus vivencias de este Encuentro, agradecieron al Señor el haber podido visitar esta tierra de los sueños de Claret y a los cubanos la acogida; también el obispo da las gracias a los claretianos por todo lo dicho a los cubanos y pide al Señor que bendiga su obra y permita que con su carisma sigan enriqueciendo a la Iglesia Cubana.

Allí, a los pies de la Virgen, dejaron los claretianos, como su Santo Fundador un día hace ya siglo y medio, sus sueños y esperanzas. Ella, que es Madre del Amor, los hará fructificar en todos los continentes donde entregan sus vidas en trabajos pastorales, también en nuestra Patria.

Para terminar estas líneas, breve reseña del encuentro celebrativo de la Familia Claretiana, citaré unas palabras que, en su Exhortación Pastoral de 1951, dijera de San Antonio María Claret su digno sucesor, nuestro inolvidable y venerado arzobispo Mons. Enrique Pérez Serantes:

...a medida que se le vaya conociendo, se caerá en la cuenta de que nuestro santo es uno de esos seres providenciales que llenan con la multitud de su fecundísima actividad una brillante página de la historia, y que por la Santidad sorprendente de su vida y por su poderosa y amplísima inteligencia alumbran con destellos de clarísima luz, el campo de la Iglesia a través del tiempo y del espacio.

Y que por intercesión de este Santo nuestro, siga el Señor de la Historia bendiciendo a nuestra Iglesia con pastores de su talante, de su verbo y de su talla.

Palabras de apertura

Centro Cultural y de Animación Misionera

“San Antonio María Claret”

Excelentísimo Señor Obispo de la hermana tierra borinqueña,
Reverendo Padre Aquilino Bocos, Superior General de los Misioneros Claretianos, Familia Claretiana aquí reunida, Hermanos todos:

En nombre del Consejo Parroquial de esta ya bicentennial Iglesia de la Santísima Trinidad, les doy la bienvenida a nuestra casa y a nuestra fiesta, pues, en esta noche, vamos a cristalizar un sueño claretiano nacido en nuestra Patria ha casi siglo y medio, el sueño de un obispo preocupado por los problemas sociales, el legado espiritual de un profeta y precursor, de un Santo que nos pertenece, cuya inquietud pastoral el Señor ha mantenido constante en el alma de sus sucesores.

Ya próximos al sesquicentenario, imagino a los claretianos preguntándose: ¿Qué regalar a Cuba, puerta de entrada de Claret a esta Viña Joven que es nuestra América? ¿Cómo aunar los sueños del Santo con las necesidades de este pueblo de Dios que aquí peregrina? ¿Cómo propiciar que este regalo conjugara también el llamado que nos hiciera el Papa a ser los constructores de nuestra historia?

Estaba claro. El camino era uno y tenía que pasar por la cultura, porque hacer cultura es formar personas, forjar ciudadanos libres y responsables, es hacer Patria. Una sociedad que hace cultura tiene futuro, construye his-

toria, sueña utopías y lucha por hacerlas realidad. Martí nos enseñó la necesidad de ser cultos para poder ser libres, pues “la cultura tiene una importancia fundamental para la vida de las naciones y para el cultivo de los valores humanos más auténticos”. Por eso nos decía el Papa que “la Iglesia, que acompaña al hombre en su camino, ..., se acerca, con su palabra y su acción, a la cultura”.

Es así como se gesta, entre sueños y esperanzas, este Centro Cultural y de Animación Misionera “San Antonio María Claret”, para ayudar a la formación de los fieles de esta arquidiócesis en su vocación misionera; para ser espacio de diálogo y cooperar así al desarrollo de la cultura cubana, rica en raíces cristianas; para formar personas que creen en la fuerza de lo pequeño y la eficacia de las semillas de la verdad, como el siervo de Dios Padre Félix Varela, Padre de la Cultura Cubana. Y también, ¿por qué no?, para enseñar a soñar.

Y para dejar inaugurado este Centro, que ya desde ahora abre sus puertas a la arquidiócesis y se pone sin más al servicio de la Iglesia Cubana, el Superior General de los Misioneros Claretianos, Padre Aquilino Bocos, procederá a su bendición.

Palabras pronunciadas por María C. Campistrous, Presidenta del Consejo Parroquial de la Santísima Trinidad.

Dos Fundadores

Para conocer las relaciones del Padre Claret con la Madre París desde el punto de vista de Claret, lo mejor es conocer sus cartas. La Autobiografía del P. Claret – al estar escrita para los CMF - no da los datos que para nosotras son fundamentales. Sin embargo en las cartas se ven claramente.

En cambio para conocer las relaciones desde el punto de vista de la M. París, tenemos en sus Escritos autobiográficos innumerables citas. Tanto en la Autobiografía como en el Diario y también en los Puntos para la Reforma, e incluso en las primitivas Constituciones de nuestro instituto donde añade por mandato de él los Ejercicios Espirituales explicados por el Excmo. Sr. Claret.

Siguiendo el hilo de las cartas de Claret a la M. París y viceversa, aunque de ella muchas no se conservan, puede irse viendo el proceso de nacimiento de una relación que yo personalmente creo poder llamar de “amistad espiritual”.

Naturalmente las cartas más numerosas son de la época post-cubana, pues en Cuba la relación normalmente no era por carta salvo alguna excepción en las visitas pastorales, como la preciosa carta escrita tras el atentado de Holguín, en que María Antonia le escribe con dolor por el hecho, pero gozosa porque ha derramado parte de su sangre por el Evangelio y le dice “acuértese que dijo que partiríamos los desposos”.

Claret no era expresivo con las mujeres, no le gustaba esa “mercadería” dice en una de sus cartas a Caixal desde Vich, (4 febrero 1850). Sin embargo su vida de Misionero Apostólico le hizo tratar bastante con mujeres, más tarde su vida de Arzobispo Misionero, y no digamos la

vida de Confesor real. Trató con las mujeres desde muy distintos ángulos, desde la dirección espiritual hasta la relación de pura diplomacia. Y quizá por mi cariño de hija, creo de veras que superó sus prejuicios contra el sexo femenino para bien suyo.

Los motivos de su trato con la M. París fueron, primeramente, sólo en torno a nuestra fundación. Pero poco a poco se van dibujando otros ángulos de relación con la misma importancia o más, como es sobre todo el de la Renovación de la Iglesia. Más tarde, la relación va profundizándose hasta convertirse en lo que yo he llamado “amistad espiritual”. No se trata de dirección o acompañamiento espiritual como llamamos hoy, sino de amistad, pues la confianza es mutua tanto para expresar las propias experiencias como para decir como “sienten” las experiencias del otro/a.

Desde las primeras cartas de la llamada a Cuba hasta las últimas cartas, hay un proceso de conocimiento mutuo y de confianza que es hermoso ir observando en la lectura; sin embargo, no es un proceso regular ascendente. Hay un hito importante que profundiza notablemente las relaciones: el conocimiento personal profundo establecido en Santiago de Cuba (esta etapa la conocemos fundamentalmente por los Escritos de la M. París).

Aquí – en Santiago de Cuba - se teje entre luces y sombras en la relación, ese descubrimiento uno del otro como personas de Dios y de Iglesia. En el intermedio cubano podemos decir que Claret pudo conocer el templo de María Antonia. “*Cuando Dios llama a alguien para algo la dota de los talentos para ello*” (Carta a Currius 18.2.1853) y también María Antonia des-

cubre verdaderamente al hombre de Dios que el Señor le había señalado como el que le ayudaría en la fundación *"El te ayudará en los primeros pasos de la fundación"* (Cf. AutMP 32).

Pero más allá de nuestra fundación, descubre en él al Arzobispo misionero que reflejaba en su vida una forma nueva de ser pastor de la Iglesia y que era justamente la que el Señor le hacía experimentar interiormente en la oración, que la Iglesia necesitaba.



La "visión inicial", como experiencia espiritual profunda de María Antonia París, tiene una fecha precisa del año 1842. Sin embargo, el Señor a lo largo de los días y de los años, le fue desvelando y completando su alcance. En el esclarecimiento de esta misión destaca Antonio María Claret, quien aparece en la vida de la Venerable María Antonia París, por voluntad expresa de Dios, como un signo que el Espíritu le concede en respuesta a la oración incesante que – por medio de Cristo sufriente – ella elevaba al Padre por las necesidades de la Iglesia.

María Antonia percibe a Claret como "hombre", por lo tanto criatura con naturaleza frágil, débil y vulnerable, pero amado por Dios hasta el extremo de hacerle hijo en el Hijo. Hombre con un calificativo que lo define "apostólico", porque actuaba como los Apóstoles, los Doce, los que fueron llamados por Jesús para estar con Él y para enviarlos a predicar (Mc 3,13-14).

Comprende que Dios le había concedido *"gracia para la predicación evangélica"*, es decir cualidades especiales, sensibilidad particu-

lar, intuiciones notables para el anuncio del Evangelio, pero condicionado a un acto de libre aceptación *"si quieres, gracia te he dado"* (Cf. AutMP 34, Escritos, p. 72). También comprendió que la respuesta de Claret era como Jesús quería de los Apóstoles, en totalidad, en apertura incondicional, *"con gran celo de la honra de Dios y salvación de las almas"* (AutMP 33 p. 72). Por eso le reconoce como "alma santa".

María Antonia París, confiada en Dios que le señalaba al P. Claret para llevar a cabo la fundación del Instituto apostólico que le pedía, expuso a Claret

la Obra que el Señor le había encomendado. Desde el primer encuentro sucedido sobre 1848, sin necesidad de muchas palabras convinieron en el propósito (AutMP 61 p. 86). Claret pensaba tratarlo con el Obispo de Barcelona Don José Domingo Costa y Borrás para ver cómo se arreglaba la cosa (AutMP 62 p. 87). Sin embargo, marchó al nuevo mundo sin decir nada. María Antonia no podía acallar la llamada y escribió al Arzobispo poniéndole a su disposición. Él respondió llamándola a la Perla del Caribe para ocuparse de la niñez y la juventud femenina cu-

vana. La carta llegó el 25 de marzo de 1851.

El espíritu de la fundación, desde las primitivas constituciones, es más amplio que el ministerio de la educación, hablan ya de dar Ejercicios Espirituales y de incluso un 5º voto de disponibilidad misionera universal para acompañar a los misioneros en la enseñanza del Evangelio en cualquier parte del mundo. "Para ayudar a esas pobrecitas almas que gimen en la tiniebla de la ignorancia del Evangelio" (Const. 1869 Trat. I, cap. 6 n. 1, p. 418).

Establecidas las hermanas en Santiago de Cuba, el Arzobispo Claret les pedía oraciones para que Dios le inspirase la manera cómo quería ser servido por ellas. Fue un momento de oscuridades sobre la forma de realizar el comienzo del Instituto en Cuba por las dificultades para las fundaciones en aquel momento.

Durante los primeros tiempos de la estancia en Cuba se dan diversas entrevistas que María Antonia nos cuenta unas veces con dolor, porque el Arzobispo quería dejarlo todo en manos del Provisor, pues suponía estudio de cánones y cartas al gobernador de la Isla, a la Corona, ..etc (Cf AutMP 195 p. 141). Pero otras veces cuenta con gozo, al contemplar cómo el Arzobispo se ve obligado a "entender en todo lo de la fundación por designio divino" (AutMP 218 p. 149). Los acontecimientos se van sucediendo así hasta que Claret vio que era él quien tenía que pedir a Roma el rescripto de fundación (Cf. AutMP 208 pp 145-146 súplica del Arzobispo al Papa). Lo pidió a Pío IX y este rescripto llegó a Santiago de Cuba el 16 de julio de 1855.

Para estos momentos las relaciones ya se habían afianzando. Visitas frecuentes a la comunidad, compartir con las hermanas, celebrar la Eucaristía con bastante regularidad en la capilla de ellas. Y, sin duda, conversaciones de cierto nivel de profundidad espiritual.

El modo de estar presentes ambos Fundadores en el desarrollo posterior del Instituto fue diverso pero complementario. María Antonia tuvo una influencia completamente directa e inmediata con

las hermanas y comunidades, ya que vivió paso a paso cada fundación con su caminar diario, con las alegrías y fatigas que implica. Ella hacía partícipe al Arzobispo Claret de lo que acontecía y le pedía su parecer sobre el Instituto lo hacía con una enorme libertad de espíritu y a la vez con un gran sentido de obediencia, convencida de que por medio de él se le manifestaría la voluntad del Señor.

Claret le daba su opinión y le dejaba autonomía, porque "*cuando Dios elige a una persona para una obra le da los conocimientos necesarios*". (A. Currius 15.2.1853)

Ambos Fundadores transmitieron su espíritu al Instituto. Intercambiaron personalmente en Cuba, y después por correspondencia, sobre la selección de vocaciones, la formación de las hermanas, su crecimiento en la vida espiritual, su amor a la Virgen, la práctica de las virtudes, humildad, caridad, obediencia, gratitud, celo por la salvación de las almas, la integración en la vida comunitaria, el sentido de familia, la pobreza personal y el público testimonio que debía dar el Instituto, la comunicación de bienes, el amor al trabajo, las urgencias apostólicas, los lugares más necesitados de presencia misionera, la educación, el apostolado de los ejercicios espirituales...

Pero hay algo importante en la época cubana que no quiero dejar de subrayar. Entre el 1854 y 1855 María Antonia recibe las luces de Reforma de la Iglesia que ha de ser promovida por Pío IX y que habían de tener como agente fundamental a Claret, porque su modo de vida es según "el corazón de Dios" (decía ella).

Sin duda, de estas cosas hablaron muchas veces. La forma de vida de Claret la ve María Antonia, como una alternativa a la vida no tan evangélica de muchos Obispos y consagrados. Justamente ésa era la necesidad que el Señor le hizo entrever desde el principio (en 1842) como el mayor mal de la Iglesia; haciéndole comprender al mismo tiempo que sólo podía arreglarse este mal con el cumplimiento del Evangelio. Ante ella está ahora el

“hombre apostólico” señalado no sólo como fundador del Instituto sino como Pastor según el Evangelio que la Iglesia necesitaba.

Hay una clara influencia mutua. María Antonia vibra por su amor a la Iglesia a la que quiere renovada sobre todo en sus pastores y en todos los consagrados y renovada según el Evangelio. Antonio María vive, porque así se lo pide su corazón encendido por el Espíritu, según ese Evangelio. Ella le dice, él la escucha, ella le ve vivir, él le manifiesta sus motivaciones. La relación Claret-París en Santiago de Cuba es así. Santiago de Cuba es el “lugar teológico” del que brotó esa experiencia del Espíritu para escribir los Puntos de Reforma de la Iglesia, más allá de la fundación del Instituto. Éste es como una parte de esa Reforma de la Iglesia que el Espíritu parecía pedir a ambos fundadores también.

Las Reglas de Reforma de la Iglesia tienen tres vetas fundamentales: pobreza, predicación y comunión eclesial. Para María Antonia los males que afligían a la Iglesia no eran tanto el mal que le hacían sus enemigos sino la falta de vivencia evangélica. A eso llama ella Reforma, otras veces Reformación, Renovación.

La vivencia evangélica quedaba relegada por la codicia, ambición y vanidad de los que más debían vivirla (incluye obispos, sacerdotes, religiosos, la misma curia romana) y por la ignorancia consecuente de los fieles al no recibir “el Pan de la divina palabra” (Pr 23 p 317) . Contra estos males propone la pobreza, la predicación y la comunión eclesial.

Ella tuvo en España experiencia de una Iglesia a la que los decretos del gobierno privaban de sus posesiones, le cerraban los seminarios, mandaban al destierro a sus obispos, prohibían las ordenaciones, la entrada de religiosos, llenando el pueblo de frailes y monjas exclaustros. Pero una mirada más profunda hacía ver que en gran medida la Iglesia española vivía una situación en que muchos eclesiásticos o instituciones eclesiásticas tenían

grandes propiedades. De hecho las medidas tomadas por los gobiernos civiles contra la Iglesia estaban inspiradas por la voluntad de despojarla de sus riquezas y de su poder.

María Antonia había vivido la situación de la Iglesia siempre con mucha intensidad, incluso en su propia carne, pues no pudo profesar por las leyes antieclesiales y por ese motivo estuvo 9 años de postulante (hoy lo vemos como providencial de cara a nuestra fundación).

En 1842, lo que se le dio a entender precisamente, era que los verdaderos males de la Iglesia no eran los externos, sino la falta de vida evangélica de sus pastores, sacerdotes, religiosos, de los que el pueblo no recibía la palabra salvadora ni tampoco un reflejo de forma de vida evangélica en que las obras manifestaran lo que se predicaba. Su propuesta de reforma está resumida en estas palabras “si ellos gobiernan la Iglesia que los Apóstoles plantaron, es preciso que la rieguen con las mismas aguas con que ellos la fecundaron” (Pr 11 p.312).

Más tarde, en Cuba, vio una Iglesia también en crisis, privada de obispos, con un seminario que no daba sacerdotes sino abogados, multitud de problemas creados por la situación colonial. La Iglesia cubana de tiempos de Claret y París no era la de la época del P. Varela con la apertura dada por las Cortes de Cádiz en España, que en Cuba repercutió tan positivamente por la identidad mayor de sus pastores (1820-1830) sino la del retorno absolutista y contratista. Por eso destaca más la obra de Claret aquí de tanto amor a la Isla y la obra de París con un deseo grande de llegar al pueblo, a las familias más desposeídas y necesitadas. Ciertamente que las niñas más pobres no tenían motivación para desear aprender, el reto consistía en despertárselo. Las hermanas lo intentaron con una educación sencilla y cercana. Como las leyes de la Corona Española no permitían la presencia de niñas de color, ellas hicieron que estas niñas fueran alumnas en otros horarios para que pudieran recibir la misma educación.

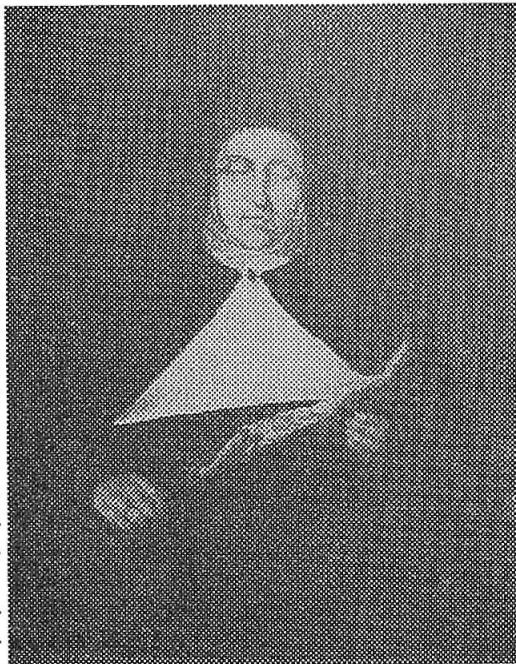
La preocupación de María Antonia por la Iglesia "su peso" (lo llama ella) creció. Por eso durante todo el año 1854-55 recibe luces sobre la forma de renovarse la Iglesia. Esto lo plasma en esas Reglas de Reforma que escribió después de su profesión. Comenzó exactamente el 1 de noviembre de 1855 y terminó el día de la Inmaculada del mismo año a las 11:30 de la noche (cf AutMP 49-51.230-231 y Diario 32).

Estos Puntos son la base de su escrito "Apuntes de un Plan para restaurar la hermosura de la Iglesia", que publicó en los meses siguientes y como vemos tienen una inspiración común, aunque están mucho más correctamente elaborados y con mayor conocimiento del mundo eclesiástico que el que María Antonia tenía.

Es común la insistencia en la sencillez de vida, en la de cuidar el obispo de que los sacerdotes vivan con dignidad, pero sin ambición y recuerden el deber de predicar la *palabra enseñando con palabras y obras* (Pr 33), *pues las obras dan el espíritu a la voz* (Pr 41), dice María Antonia, y contrapone ese modo de vida a los que *"quieren hermanar el mundo y Dios y saben que nadie puede servir a dos señores, esa prudencia de espíritus tibios es la que rige mi Iglesia"* (Pr 14). A los religiosos pide volver a las reglas de sus Fundadores, viviendo en pobreza y oración, no *"siendo religiosos de conveniencia"* (Pr 7).

En la vuelta de María Antonia a España para fundar el noviciado en Tremp, Claret salió al puerto de Barcelona a recibirlas. Gracias a él

no hubieron de pasar la cuarentena que se pedía a los que regresaban de Ultramar. Estuvieron allí conversando sobre la fundación y después sus relaciones pasaron a ser fundamentalmente epistolares. Son las cartas de las que he leído párrafos en un principio y que para nosotras son un auténtico tesoro de lo que he llamado y creo de verdad "amistad espiritual". Y que efectivamente tuvo su cuna y su desarrollo en estas tierras cubanas.



Él sigue paso a paso las fundaciones posteriores, las mueve por Ministerios para los difíciles permisos, e incluso busca el aval de su dirigida, la Reina Isabel II. Como hemos visto a ella la hace partícipe, junto con todas las hermanas, de sus correrías por España, predicando cuando acompaña a la Reina en sus viajes y también de sus persecuciones y calumnias. Fueron momentos duros para ambos por diferentes motivos. Y ambos los vivieron haciendo partícipe cada uno al otro de su forma de asumirlo y entregarlo al Señor.

En la muerte de Claret, sucedida como sabemos en Fontfroide tras su estancia en París y en Roma y tras las vicisitudes del Concilio Vaticano I, María Antonia sufre gran angustia. Lo refleja, con pocas palabras, en su Diario. Pocas palabras pero muy expresivas de hasta dónde este Siervo de Dios había llegado a significar en su vida y en la Obra que el Señor le encomendaba.

Ciertamente la obra estaba siendo ya real en la vida de Claret como Obispo de la Iglesia, era una pequeña "señal" de que la Obra se estaba cumpliendo. La angustia de María Antonia tiene ahí su explicación. Si Claret desaparece de la Iglesia... ¿La Obra queda sin cumplir?. El Se-

ñor asegura a María Antonia que la Obra es suya, que no es tampoco de Claret. De algún modo, ese modo de ser pastor de la Iglesia siempre perdurará en los pastores fieles "según el corazón de Dios" como decía María Antonia. Eso es lo que hemos leído en sus experiencias de oración en Diario 16. "Es un modo de eternizar la memoria de Claret..".

Claret realmente, según María Antonia, es un "signo" de la renovación de la Iglesia, es un signo del modo de vida para todo Obispo Misionero Apostólico. Nos preguntamos ahora. ¿A la Familia Claretiana nos dice algo todo esto?

Cogiendo palabras de aquí y de allá de María Antonia, vemos que ella tiene bien claro cómo ha de ser ese "cuerpo de guardia" que forma esta "nueva misión" de la que Claret es el promotor.

Su gran deseo es que esta Familia sea en los diversos tiempos, lugares y circunstancias, fermento de renovación eclesial, por el anuncio y por la vivencia del Evangelio. Ciertamente éste es el elemento nuclear del ser carismático de los seguidores de Claret según lo que el Espíritu hizo entrever ya a María Antonia París, su gran seguidora. El es padre de una Familia de Apóstoles de Jesucristo. Es todo un gran cuerpo apostólico en el que ella piensa y se nota por muchas partes que no piensa sólo en nuestra rama femenina.

Ellos serán un cuerpo que sustente a los obispos – hoy diríamos a las iglesias locales – para que no se dejen seducir por las ambiciones humanas. Un cuerpo apostólico que ayude a perseverar en la virtud, que ayude al desprendimiento y a buscar los valores del Reino, *sin ellos – dice María Antonia – no tendrán pecho firme para despreciar honras y riquezas*" (Diario 16 p. 219). El anuncio de estos segundos Apóstoles ha de ser así. Es un esbozo de lo que María Antonia experimentaba como verdadero apóstol y veía vivir en Claret:

. Ser copia viva de los primeros Apóstoles tanto en el nombre como en las obras, anuncian-

do el Evangelio como Jesús lo enseñó no sólo con la palabra sino entregando su vida hasta la muerte (AutMP 33 en p. 72).

. Buscar sólo la gloria de Dios y el bien de los hermanos (AutMP 19, p. 66).

. Alimentarse ellos mismos de la palabra y repartirla abundantemente (Pr 33, p. 320).

. Llevar el Evangelio a todos, sin distinción de personas, culturas, condiciones sociales o religiosas, hombres sabios e ignorantes (Pr 59, p. 330).

. Vivir llana y sencillamente saliendo a misionar, difundiendo la Palabra Divina por toda la tierra (AutM 241, p. 158).

. Amar a los hombres como Jesús y empleando todos los medios para darle a conocer (Diario 16, p. 220).

. No tener el corazón apegado al dinero y al poder, sin rentas ni posesiones, pues Dios quiere ser su posesión y su herencia (Pr 68 pp. 334/335).

. Ser humildes porque predicán a Jesús que se hizo pobre y no buscan las grandezas ni siquiera de número pues pocos han de hacer mucho (Pr 67 p 334 y 73 p. 336).

. Predicar con claridad, transparencia, sencillez y respeto como luz que disipa las tinieblas de la ignorancia sin violentar (Pr 63 p. 332).

. Ser responsables en sus ministerios, porque las obras de Dios no se contradicen (Pr 75 p. 337).

. Trabajar como cuerpo, en equipo y en testimonio, en el lugar y puesto en que se encuentren (Diario 16 p. 219).

. Suscitar nuevos seguidores de Jesús con el ejemplo, experimentando la vida en comunión y en misión, con la radicalidad que exige la disponibilidad apostólica (Pr 64, p., 333).

Extracto tomado de la Conferencia pronunciada por la Rvda. Madre Encarnación Velazco, Superiora General de las Misioneras Claretianas en la Iglesia Santísima Trinidad el 20 de febrero del 2001 "San Antonio María Claret y la Madre Antonia Paris".

“Alma grande, nacida como para ensamblar contrastes: pudo ser humilde de origen y glorioso a los ojos del mundo; pequeño de cuerpo, pero de espíritu gigante; de apariencia modesta, pero capacísimo de imponer respeto, incluso a los grandes de la tierra; fuerte de carácter, pero con la suave dulzura de quien sabe el freno de la austeridad y de la penitencia; siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prodigiosa actividad exterior: Calumniado y admirado, festejado y perseguido. Entre tantas maravillas, como una luz suave que todo lo ilumina, su devoción a la Madre de Dios.”

7 de mayo de 1950 - Pío XII